HÉROE

(POESÍA)

2

10 OCT 1933

IMPRESORES
CONCHA MENDEZ Y MANUEL ALTOLAGUIRRE
MADRID. 1,932

A Fol. 367/44

HÉROE

(POESÍA)

2

IMPRESORES
CONCHA MÉNDEZ Y MANUEL ALTOLAGUIRRE
MADRID. 1,932

129912040

HÉROE ESPAÑOL

ROSA CHACEL

(1937)

Chorreante de rizos negros que se sacude atrás en imperioso escorzo nervino, frente blanca bella sólo bella garganta blanca, Rosa viene hojeando, rosa exhalada, volando digo, metamorfoseada rosa, desde el rosal verde grana de su infancia; atraviesa, cayéndolo todo, decorados estanterías yesos jardines cortinas con su aro de cascabel muy delante; salta ríe enérjicos típicos compases diferentes de jota nueva, y aparece al fin radiosa (193x) en la irreal puerta del instante exacto, entre nocotros, menores, medios, mayores.

Ya está en sí relativamente quieta, rosa apoyada lijera en el aro en descanso, riendo dibujo con su boca fina puntuada dura, radicalmente de ojos de diamante negro, Rosa granate y negro; risa principal adjetivada de palabra viva, escamondada, graciosa, aragonesa. O allí está ahora, tirada al lago de sol de la estera del desván, como en su playa propia, que ella no quiere nada con el mar, el aro entre libros muñecas pinturas un niño vivo que entra y sale, rosa en cómodas posturas sueltas, caprichosas, liberales, absorta en el juego de sus letras y cifras

ricas en poesía, sentido, alcance, tan vario de estados y colores, redondas blancas picudas caídas cuadradas verdes erectas negras.

Rosa, Rosa Chacel, nombre por otro lado de heroina criminal de amor; Rosa Chacel, perpetuada además en mórbida cera y musiquita desgranada, por ferias y verbenas; Rosa Chacel al natural, aragonesa madrileña española, también en el carrusel. Rosita Chacel, niña mayor que se nos va otra vez con el sobresaliente, cansada, súbita, al rosal grana y verde de su porvenir, siguiendo, con dos hojas dos alas su aro, voluntad al viento, abiertos bucles negros, frente bella de onda llena siempre, risa escitada que va a llegar, que va a llegar, cojida entre el jadeo salido ante, agua en borbotón, el peligro imajinario, susto ¡Rosa Chacel! de detrás.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

NARCISO

¿Dónde habitas, amor, en qué profundo
seno existes del agua y de mi alma?
Lejos, en tu sin fondo abismo verde,
a mi llamada pronto e infalible.

Nuestras frentes unánimes separa
frío, cruel cristal inexorable.

Zarzas de tus cabellos y los míos
tienden, en vano, a unir lindas fronteras.

Sobre el mío y tu cuello mantenido
un templo de distancia en dos columnas
silencio eterno guarda entre sus muros;
nuestro mutuo secreto, nuestro diálogo.

Silencio en que te adoro, en que te encierras,
recinto de silencio inaccesible
y lugar a la vez de nuestras citas.

¡Siglos espero frente a la cruenta
muralla dura que lamento inerme!

Eternidades entre nuestras bocas
a cien brisas y a cien vuelos de pájaro.

¿Para qué pies que hollaban la pradera
jovenes, blancos largos corredores
si no me llevan hacia ti ni un punto?

¿Para qué brazos tallos de mis manos
si jamás alcazaran a estrecharte?

¡Límpida, clara linfa temblorosa
jamás en nuestro abrazo aprisionada!

¿Para qué vida, en fin, si vida acaba
en el umbral de la mansión oscura
donde moras sin hálito en el vidrio
que con mi aliento ni a empañar alcanzo?

¡Oh, sueño sin ensueño, muerte quieta
lecho para mi anhelo eterno insomne!

¡Único al fin reposo de mis ojos
tu infinito vacío negro espejo!

ROSA CHACEL

?, I[a]

Deliras como tú sóla sabes.
Y estoy haciendo números
como para comer.
Deliras y yo hago números: estos versos,
como para beber.
Y nos olvidamos, con tu delirio y mis metrifi-
[caciones,
de la muerte, que anda detrás del balcón,
y de la vida, que sube por la chimenea
como una bruja,
en esta larga caña con palmas
que es la existencia,
que es la paciencia,
que es... ¿porqué no decirlo?...
nuestra inocencia.

?, 2ª

¿Es posible? ¿Pero tú crees?
Este tormento y aquel aviso
y toda la balumba de días a la espalda,
y la tos del guardián,
y el ladrido del perro
y las escaramuzas internacionales.
¿Son algo más que estrellas y vías lácteas?
¿De dónde te viene la certeza?
¿Del bolsillo?

Hay un rodar de nubes y no más.

De cuando en vez, la Muerte se para en la senda.
¿Verdad?
Entonces, bajamos del nido.
¿Verdad?
Y encontramos el cuerpo del ostión,
la coraza de la bellota
y el cerquillo del reverendo.
¿Verdad?

Y seguimos por tan curioso jardín,
y vemos la Biblia y la pipa
en el suelo, junto a la cama,

dos guantes hinchados de manos ausentes
y un lacito de rosa.
¿Del color de la rosa o de Rosa?
¿Dónde está Rosa?
¿Estuvo?
¿De Verdad?

Íbamos anoche cuchicheando,
y, por no sé qué motivos, temblando.
Y, en el momento que nadie esperaba...
¿Verdad?
Las hojas del armario se abren
y quedamos presos en ropas, perfumes y gan-
¿Verdad? [chos.

Cuando te hablo de este modo
es que la nieve se ha fundido;
es que la luna ya es la luna;
y que ni el sol ni ella tienen hijos.

Cuando te hablo de este modo
tan acendrado y hondo, no hay verdades.
Se acaban las hojas de parra
y ni el verderón nos distrae.
Una inmensa gola de céfiro
anilla nuestras gargantas
y los ojos no ven sino claridad y alegría
sin declive ni hora.

Dicen los psiquiatras
que el péndulo se cataloga con la ganzúa,
y el cuévano con el portamonedas;
y nadie se ríe.
¿Verdad?
Hay un cartucho de nociones raquíticas
para cada generación.
¡Sí! – Perdona esta pedantería. –
Engancharé la lengua en su sitio.
Ya no resbala.

El viento vuelve a su cariz.
Vuelven a su retozo los almendros.
Se desvanecen los ríos.
Sueñan las ciudades,
y el alegato es un perenne iluso.
No dudo ya; no dudes.
La verdad acaba y empieza
en esta linde inefable
donde vale el camelo
como supremo y único talismán.
Ahora... vuélvete y sigue durmiendo.
La verdad se acabó.

JOSÉ MORENO VILLA

Rosita Arcel
por Rosa Arcel.
1931.

ADÁN

A José Barbeito.

Árbol de sangre moja la mañana
por donde gime la recién parida.
Su voz deja cristales en la herida
y un gráfico de hueso en la ventana.

Mientras la luz que viene fija y gana
blancas metas de fábula que olvida
el tumulto de venas en la huída
hacia el turbio frescor de la manzana.

Adán sueña en la fiebre de la arcilla,
un niño que se acerca galopando
por el doble latir de su mejilla.

Pero otro Adán oscuro está soñando
neutra luna de piedra sin semilla
donde el niño de luz se irá quemando.

CANCIÓN

A Claudio Guillén, niño en Sevilla

Por las ramas del laurel
vi dos palomas oscuras.
La una era el sol,
la otra la luna.
Vecinitas: les dije
¿Dónde está mi sepultura?
En mi cola, dijo el sol.
En mi garganta, dijo la luna.
Y yo que estaba caminando
con la tierra a la cintura
vi dos águilas de mármol
y una muchacha desnuda.
La una era la otra
y la muchacha era ninguna.
Aguilitas: les dije
¿Dónde eslá mi sepultura?
En mi cola, dijo el sol.
En mi garganta, dijo la luna.
Por las ramas del cerezo
vi dos palomas desnudas.
La una era la otra
y las dos eran ninguna.

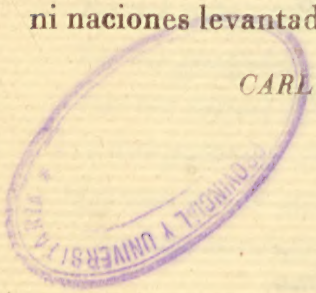
FEDERICO GARCÍA LORCA

CUARTILLA

Ni soledades muertas
ni naciones levantadas.
Tú, cuartilla, insultando
a mi atlántica mirada
con tu agresivo y rudo
blancor de mediodía
– bárbaro cisne de alba
en un lago de teorías. –
Luces blancas, luces blancas.
Madrugada en las esquinas
sobre tapias encaladas;
y lunas de porcelana
dormidas en la memoria.
Junto a cristales de jarra
altares de jueves santo
y barbas floridas de anciano.
Con leche, azúcar y hielo
mermelada de blancura
sobre tablas de azabache.
Nardo de trágica recta
en su maceta de asfalto
Tú, cuartilla, ingrávida
paloma de algodón en rama.
Mármol, cirio, manzana
rota en dos por la secante
hoja de un puñal de plata.

Puente de barco sin mando
roído de vendavales.
Espuma tibia prendida
en la flor de los peñascos.
Clarín salvaje de plata
en una noche redonda.
Y nostalgias de pañuelos
estremecidos de adioses.
Tú, cuartilla, seda
de visos imaginarios
¡nube! ¡espejo! ¡brisa!
Tú, cuartilla, sábana
caliente de lechos blandos,
¡nieve! ¡agua! ¡rosa de papel!
Tú, cuartilla, inanimada
sobre la mesa desnuda,
lúbrica de curvas dulces
en su carne de madera.
Ni soledades muertas
ni naciones levantadas.

CARLOS MARTÍNEZ BARBEITO



UNIVERSIDAD DE SEVILLA
601043949

colorchecker CLASSIC
calibrite
mm